

La epistemología de la filosofía según José Blanco Regueira

JUAN MARÍA PARENT JACQUEMIN*

Esta reflexión surgió al leer el libro intitulado *Diferir y comenzar* del año de 1987. Para iniciar, el autor lanza la pregunta que tanto entre filósofos como entre los intelectuales de cualquier disciplina nos formulamos: ¿Qué es la filosofía? Y precisa sugiriendo que nos preguntemos acerca del objeto de este saber.

Estas preguntas, nos dice, son ingenuas y nacen en un medio en el que el mundo no ha sido cuestionado, tampoco el discurso que sobre el cosmos se estructura ha sido analizado y criticado.

Recordemos que para que exista un conocimiento deben existir tanto el sujeto que va a conocer como el objeto por conocerse. Las preguntas iniciales no siempre toman en consideración este planteamiento y suponen, sin demostración, que este objeto exterior existe y que este objeto es diferente del sujeto sin lo cual no podría hablarse de conocimiento. Además, debemos tener la certeza de que este objeto será el mismo y que su esencia siempre será cognoscible.

Pensar, dice Blanco, es hacer aparecer algo, que es lo que se piensa. O, en otras palabras, pensar es presentar, hacer aparente lo que sin este acto de pensar no tendría apariencia. Vamos más adentro de este proceso. Si pensamos que somos capaces de pensar, función que nos asignamos a nosotros mismos, quiere decir que ya sabemos cuál es el modo de aparición del objeto que presentamos.

Aplicando esta reflexión a la filosofía, quiere decir que establecemos *a priori* que existe un modo de aparición propio de la filosofía y separamos ante la ampliación de este modo de aparición lo que es esencial (a la filosofía) de lo

* Doctor en Filosofía, Centro de Estudios de la Universidad de la UAEM.

que no lo es. Finalmente, seremos capaces de separar lo que queremos conocer y crear para este objeto su propia unidad. Sabemos que separar es la función primera del conocimiento. Es preciso saber distinguir el objeto del conocimiento de todos los otros objetos y esto nos obliga a separar los objetos cuando forman unidades que impiden el conocimiento por su complejidad.

El autor establece luego que el conocimiento de la esencia es el conocimiento de un modo de aparición de la filosofía diferente de otros modos posibles o hasta opuestos entre sí.

Ante la profundidad de estos planteamientos, el autor nos sugiere más humildad y desplaza la pregunta inicial a favor de otra que responde a lo que se acaba de explicar sobre la aparición del objeto. La nueva pregunta entonces es: ¿Cómo hace aparecer su “objeto” la filosofía? ¿Cómo lo limita? Para conocer es necesario distinguir, es decir, limitar el objeto. ¿Cómo consigue hacerlo como objeto suyo, sin confusión con otros objetos? Todas preguntas iniciales de un proceso epistemológico.

De inmediato nos encontramos ante un fenómeno de suma importancia, a saber que la filosofía por definición se ha caracterizado por no tener límite. Blanco elimina una posible interpretación de esta definición: no se trata de dar a la filosofía como único objeto el infinito o lo ilimitado. Al contrario, la filosofía trata de dar límites como determinación absoluta a este objeto ilimitado. Absoluta porque de otra forma sería imposible llegar al conocimiento si este objeto cambiara permanentemente.

Entonces para decirlo en pocas palabras: el objeto de la filosofía es el exceso. Pero para hacer esta afirmación debemos asegurarnos de alguna premisa que es la determinación objetiva o, precisa Blanco, pseudo objetiva de este objeto.

La filosofía habla de sí misma al mismo tiempo que habla de aquello que para ella es Otro y cuando limita este objeto afirma su ilimitación; así, consecuentemente aquello de lo que habla la filosofía rebasa la posibilidad de la significación que diéramos a otra palabra, porque siempre nos topamos con la indeterminación.

Esta situación destantea a los científicos de las ciencias empíricas acostumbrados a lo concreto. Para ellos la filosofía aparece como un espacio vacío en el que el pensamiento se encuentra rodeado de fantasmas. Para muchos de ellos lo que no cabe dentro de sus métodos y sus significaciones no interesa y en algunos casos extremos, pero no infrecuentes, es considerado inexistente. El problema reside en la costumbre de asir el objeto, sujetarlo. Pensamos de-

masiado fácilmente que conocer es mantener atezado el objeto del conocimiento. De ahí el error de confundir lo que no puede ser aprehendido por algún método como inconsistente.

No sabemos aún qué es la filosofía, y hasta el momento nos hemos limitado a observar y analizar la percepción que se tiene de ella. Decir que la filosofía se ocupa de lo vacío, de lo abstracto, de lo inconsistente es finalmente hablar de la percepción que por otra parte no reconoce sus limitaciones o su estrechez.

El autor sugiere entonces tomar distancia de estos modos o hábitos y tratar de dilucidar lo que pensamos cuando nos referimos a la indeterminación del objeto de la filosofía.

Dos observaciones se imponen para iniciar este camino. La ilimitación del objeto de la filosofía no es resultado de una percepción exterior a la filosofía, sino que surge de la propia filosofía. En segundo lugar, esta observación no proviene de una negación de la limitación si o no que proviene del esfuerzo que hacemos para delimitarla, contradictoriamente.

Recurramos a Platón que habla de esta indeterminación del saber, así como de su universalidad, pero para sustentar esta ideas la enfrenta al discurso filosófico. La determinación del objeto de la filosofía no se da en la distinción entre un saber parcial y un saber universal sino que se oponen una totalidad indeterminada, hablada por la doxa, a una totalidad jerarquizada hablada por la filosofía. La crítica de Platón se dirige a esta confusión entre varios modos de ser. Por ejemplo, lo fijo no se separa claramente de lo moviente, la apariencia no se distingue de la esencia, la verdad de la persuasión (filosofía y retórica) por lo que observamos que la indefinición manifiesta en este modo de conocer no proviene del objeto sino de su estilo. Frente a esta escuela de pensamiento se levanta el pensamiento filosófico que segrega delimitando su objeto y alcanza niveles altos que serán aprehendidos hasta ser capaz de alcanzar todos los demás objetos.

Esta oposición descansa sobre la distinción entre la jerarquía ontológica de los objetos, por una parte los de la opinión (doxa) y, por la otra, los de la ciencia.

Toda esta demostración tiene por objeto responder a las pretensiones de grupos de pensadores equivocados como son los retóricos que hablan de todo sin llegar al fondo de nada; denuncia también a los eleatas y los malos dialécticos acerca de los cuales también Aristóteles manifestó que parecen hablar de la indeterminación creyendo hablar del Ser cuando sólo hablan del no-ser (cita

de *Filebo*, 17 a en la *Metafísica* T.4, 1007b-25-29). Hay que salvaguardar un orden en el conocimiento para no caer en la anarquía de lo que los sentidos nos comunican; su indeterminación imposibilita el discurso. La filosofía no entra en este proceso sino que aporta el orden, no como método sino como separación.

Esta separación ya existe, es su fase ontológica; nos queda hacer patente esta separación, es la fase epistemológica. Decimos la verdad cuando hemos “desenredado” el discurso, porque el Ser aparece en esta misma separación.

Esta separación, nos advierte Blanco, es muy difícil, “tarea sobrehumana”, textualmente. Esta tarea es única y la dificultad reside en que conozcamos el ser sino que para lograrlo debemos desentrañar la apariencia jerárquica de los objetos de estudio. Este trabajo implica la búsqueda del principio de esta jerarquía que es el *arjé* de todas las cosas.

Esto único propio de la filosofía se encuentra muy alejado de esta búsqueda de una ciencia universal que encerraría en sí a todas las ciencias particulares, porque la misma filosofía se levanta contra ella y manifiesta su vanidad. Se refiere al *Cármides* de Platón, donde se critica esta pretensión de las ciencias particulares de encontrar la sabiduría en su propia universalidad como si se redujera a un saber de otras formas de saber. Tal saber no tendría objeto propio y sería incapaz de captar los objetos de estas otras ciencias. Su acción se limitaría a saber que se sabe, pero nunca en saber qué se sabe. Afirma luego que no hay un saber del saber mismo. El objeto debe ser distinto del sujeto y esta distinción se aplica tanto a este saber como a los objetos de los otros saberes. Los saberes son dispuestos como limitados no por razón de la debilidad de la capacidad de conocer del hombre sino por razón del mismo ser que dispone los objetos separados. Por eso el esfuerzo ascético para alcanzar la sabiduría está hecho de diferenciaciones que al final del camino no nos ofrece un saber universal acerca de todas las cosas, sino por el contrario el conocimiento de lo Único.

Afirmar el acceso a lo Único es afirmar la premisa de que hay algo que solamente el pensamiento puede conocer; las sensaciones no tienen esta capacidad. Lo que se piensa no es sentido aun cuando produzca una opinión recta. El pensamiento nos presenta el objeto tal como está presente en sí mismo.

El filósofo dialoga con la totalidad, pero no es la totalidad del ente sino una unidad creada en torno a la noción de aparecer. Platón muestra que hay objetos que sólo pueden ser conocidos por la mente, que hay otros sólo conocidos por los sentidos y, finalmente, otros híbridos. Hay así una diferenciación ontológica que no es la que hará Heidegger entre ente y ser sino entre la uni-

dad del aparecer gracias a lo cual somos capaces de tratar el aparente y poder hacer comparaciones.

Y lo que se refiere al Ser sólo puede ser conocido por la mente. Pero no sería posible conocer, si la totalidad, que es distinta del Ser, fuera totalidad del ente. Las distinciones que hacemos entonces son calificadas por Platón como nacimiento. El ser determina la estructura del nacimiento porque siendo él mismo el “género” o sea la figura que sigue el nacimiento y que por eso se encuentra ante toda la creación de la materia. El ser, como lo vemos, está presente ante cualquier aparición y por eso se distingue de la aparición y por eso se distingue lo que es pensable y pensado de lo que es sentido. Las modalidades de aparición son la base de la segregación de lo que aparece. Estas tres modalidades son lo que nace, lo que aparece sin nacer o lo que sólo puede sentirse y lo que sólo aparece en el pensamiento.

Afirmar que hay objetos exclusivos del pensamiento es como decir que existe algo inteligible, o sea, decir que somos capaces de pensar. En efecto, se dan las siguientes situaciones. Sólo hay algo que puede aparecer al pensamiento o ningún pensamiento piensa nada, entonces pensar sería sólo una apariencia. El pensamiento existe cuando piensa lo que es y si el Ser es excluyente del Otro. Pero ¿cómo introducir este Otro en el Ser sin destruir la posibilidad de conocer? Conocer las esencias es separarlas de las demás. Esta distinción introduce el concepto de no-ser que pertenecería a lo que llamamos ser. En cual caso, el discurso se vuelve imposible. Hay una separación entre los objetos del conocimiento, por consiguiente, lo que se piensa es algo pensable, si es así podemos admitir la distinción entre el Ser y el No-ser. Pero de nuevo, corremos el riesgo de dar a Ser y No-ser un sentido autónomo del aparecer. Nos aclara que si el Ser es límite quiere decir que es lo que aparece como forma estable y lo que no es, siendo lo ilimitado, significa que no ser aparece bajo la forma de nacimiento.

Quedan dos modos de aparecer: nacer o ser pensable. El ser es lo que es pensable. Ahora bien el Ser es todo y contiene el no-ser y no se puede afirmar que lo que nace es, también se puede decir que el Ser no puede decirse del No-Ser.

Para evitar este problema y lograr hacer de un pensamiento de lo limitado un pensamiento universal Platón reconstruye el sentido ontológico de la totalidad a partir de su llamada doble manifestación.

Así termina la primera parte del primer capítulo del libro mencionado que se intitula “Platón y el objeto de la filosofía”. Como el lector lo puede apreciar este texto es de difícil acceso lo que obliga a una lectura lenta, repeti-

da hasta el entendimiento total de la profundidad de la reflexión aquí expresada y que demuestra una vez más la calidad académica y filosófica del Dr. Blanco cuya enseñanza continua dándose con la misma fuerza que en el pasado.